

5. Refiérese en el Prado Espiritual, que, siendo abad del monasterio Sabiense, el V. Padre Serión, aconteció un caso estupendo. Estaba un religioso celebrando el santo Sacrificio, y al tiempo que recitó aquellas palabras: «Humildes te suplicamos, poderoso Dios, que esto se lleve por manos de tu santo ángel á tu sublime altar» etc. vió con gran pasmo que muchos ángeles resplandecientes y alegres, vestidos de hermosísimas albas que indicaban su celestial pureza, estaban al rededor del altar, y que entre ellos había uno más bello, el cual, tomando la sagrada Hostia, la llevó á la presencia de la augusta Trinidad. Los demás cortesanos celestiales se gozaban con la suma felicidad de que disfrutaba su compañero y aun parece que le envidiaban este ministerio. Mientras tanto, se hallaba arrobado el feliz religioso, y volviendo en sí después de largo rato, notó con más admiración que la Hostia estaba colocada en la patena. Prosiguió la Misa y dió luego incesantes gracias al Altísimo (1).

Artículo III.—Los pecadores, herejes é infieles han visto corporalmente á Jesucristo en la Eucaristía

1. Cierta perverso israelita, año de 1153, tuvo la osadía de presentarse en el comulgatorio, y recibiendo la santa Hostia, se dirigió al cementerio, donde la enterró. Pudo ver esta infame acción un sacerdote, quien al momento excavó la tierra y delante del mismo judío apareció un hermosísimo Niño, al cual pretendió coger el sacerdote para ponerlo en el altar, mas insensiblemente se elevó por los aires hasta desaparecer de sus ojos (2).

2. Hubo una hebrea que, habitando en países católicos, fingió ser cristiana. Llegó la hora de recibir el Santo Viático y declaró su infidelidad; mas debido á las exhortaciones del párroco fué bautizada. Al convalecer de su enfermedad participó al cura que estaba arrepentida de haberse bautizado, porque después de haber recibido este Sacramento veía siempre en las manos del sacerdote un bellissimo Niño, pero

(1) Prado Espiritual, lib. IV, cap. 98.

(2) Juan Trifemio, Cron. Monast.

que luego de su infame decisión no lo había visto más (1).

3. Un sacerdote se llegó á un endemoniado, fingiendo que llevaba el Santísimo Sacramento, cuya hostia no estaba consagrada; mas el poseso se la arrebató de las manos y la destrozó diciéndole: No obedezco á un poco de pan no consagrado. Después le presentó una Hostia consagrada y el demonio salió del poseso al momento (2).

4. El Padre Rivera, dominico, cuenta de sí mismo haber experimentado que, al conjurar á una endemoniada que partía y destrozaba monedas y medallas, cuando le presentaban los dedos de los sacerdotes con que tocan la santa Eucaristía, abría la boca más de lo ordinario y manifestaba que la abrasaban interiormente (3).

5. Estando un sacerdote celebrando el santo Sacrificio, otro clérigo que se hallaba junto á él, notó con bastante pasmo que, después de la consagración, estaba sobre la patena un hermoso Niño quien había ocupado el lugar de la Santa Hostia. Observó, asimismo, que en el momento de recibirle, el Niño, con las manos y los pies y aun con el rostro, embarazaba tal acción, al modo que lo ejecutan los pequeños cuando reusan practicar lo que se les manda. Al fin pudo recibirle con algún trabajo, y prosiguió la misa. Estando más tarde juntos el sacerdote y el clérigo, contó aquél á éste, que recibía con bastante dificultad la sagrada Hostia, y tomando ocasión el clérigo de indicarle lo que tantos días deseaba manifestar, le dijo:—Yo te aconsejo, hermano, que te enmiendes, porque te hago saber, que al tiempo que celebras misa, he visto esto y esto.—Oyéndolo el sacerdote, y arrepentido de corazón, mudó de vida, proponiendo no más pecar. Después de algún tiempo, notó el clérigo que cuando el sacerdote en cuestión recibía la Santa Hostia, el Niño de siempre, con alegre rostro, y juntando las manos y los pies, se entraba en la boca del celebrante (4).

(1) Bleda, Milagro 205.

(2) Discípulo y maestro, Promptuario letra E, ejemplo 29.

(3) Historia de la Eucarist., trat. 2, § 6.

(4) Prado Espiritual. Lib. IV, cap. 100.

6. El tercer hecho notabilísimo que refiere S. Sofronio es el siguiente: Siendo obispo de Seleucia el V. Dionisio, sucedió que había en esta ciudad un rico mercader, hereje severiano, que tenía por criado á un católico muy devoto. Éste, según la loable costumbre de la Iglesia, comulgó el día de Jueves Santo, reservando para el día de Resurrección, parte de la santa Hostia, la que, envolviendo en un decente lienzo, depositó en una cajita. Llegó el aniversario de la resurrección del Salvador y el buen cristiano se olvidó de recibir su amada Prenda. De allí á pocos días, le mandó su amo á Constantinopla, y el católico sirviente, dejándole la llave de la caja, partióse con fiado á despachar los negocios. Por voluntad del Altísimo, intentó un día el amo abrir la caja, y en efecto, al lograr su deseo vió un fino lienzo, desplegado el cual, encontró la santa Hostia de los católicos. Turbóse al momento, no sabiendo qué hacer de ella, mas cerrando por entonces la caja esperó á que llegara su fiel criado. Mientras tanto, el infernal espíritu tentó al amo para que profanase la sagrada Partícula, y accediendo á sus instigaciones, abrió de nuevo la caja, mas ¡oh prodigio de Dios! todo el lugar que había ocupado la sagrada Hostia estaba lleno de doradas y grandes espigas de trigo. Confundido el hereje, pidió perdón al Señor de su incredulidad y, cogiendo las hermosas espigas, salió de su casa con toda su familia contando las alabanzas de Dios, y diciendo: «Señor, tened misericordia de nosotros». Fueron testigos del milagro, innumerables personas que, reanimando su fe, cantaban de allí en adelante: «Señor, tened misericordia de nosotros» (1).

7. En un templo de la ínclita Compañía de Jesús, el hereje Adalberto de Bausech vió á Jesucristo en figura de bello Niño. Sucedió el caso de este modo. Estaba orando el mencionado novador delante del Sacramento Santísimo, cuando he ahí que vió al Salvador del modo referido, que parecía solicitar alguna cosa. Entonces, Adalberto le dijo,

(1) Prado Espiritual, lib. I, cap. 4, 5, 6.

si quería algo de él. «Sí, contestó el Salvador; quiero que donde estás, allí estés». Y como estaba en el colegio de la Compañía de Jesús, parece que el Señor pedía de él que entrase en aquella Orden. Así lo conoció el hereje, y después de convertirse, cumplió el deseo del Redentor del mundo (1).

8. Había en Londres un soldado llamado Cornelio Cloune, adepto á las doctrinas de Wiclef, quien, habiéndose llegado en la vigilia de la Santísima Trinidad al convento de los PP. Predicadores, oyó una misa que celebraba un nuevo sacerdote de la misma religión. Al elevar éste la sagrada Hostia, el militar no vió en Ella cosa alguna, por cuya causa (aunque no la había) se confirmó en su error; mas al partirla, notó que el religioso tenía en sus manos un pedazo de cruda carne, y en la tercera fracción que se hace para poner la Hostia dentro del cáliz, admiró que estaba grabado en ella, con caracteres carnosos y sanguinolentos, el nombre de Jesús. El religioso que no ignoraba todo esto, predicó el extraordinario suceso al día siguiente, y el mismo soldado, al fin del sermón, contó detalladamente el milagro, protestando que en adelante no sólo profesaría la Religión Católica, si que también defendería con todas sus fuerzas el Misterio adorable del Cuerpo y Sangre de Jesucristo

Artículo IV.—Todas las personas que han gustado, vieron corporalmente á Cristo en la Eucaristía

1. Existe un sinnúmero de hombres que, osando negar los hechos sobrenaturales comprobados, no tienen en cambio escrúpulo en admitir profanas noticias, destituídas de fundamento sólido. Quisiera yo que estos miopes señores fueran mejores críticos para que pudiesen juzgar como es debido los hechos sobrenaturales, fijándose en todas sus circunstancias y en la autoridad de donde dimanen. Es cierto que todos los hechos que aquí insertamos son verídicos,

(1) Nicolaus Orland. H.^a soc. Jesu. lib. 16.

por haberse tomado de ricas fuentes, pero unos gozan de más autoridad que otros, por ser mayor el número de los autores que los aducen, porque hay más datos que los comprueben, ó finalmente, porque la tradición y los vestigios que de los mismos nos quedan, confirman su veracidad. De estos últimos es el que voy á referir. En la ciudad de Douai (Flandes) existe una iglesia llamada del obispo S. Amado, en la que se verificó (año de 1254) el siguiente milagro. Era día de Pascua; el sacerdote que celebraba el santo Sacrificio dió la comunión á los fieles, y, por cierta imprevisión, se le cayó en tierra una sagrada Forma. Después que el pueblo hubo acabado de comulgar, el celebrante vió con asombro el efecto de su descuido. Arrodillóse en el suelo y pretendió coger la Hostia; mas ¡oh prodigio! ésta se levantó por sí sola, quedando suspendida en el aire, pero adherida al purificador. Clamó el sacerdote á grandes voces, pidiendo se llegasen los canónigos; personados los cuales, observaron sobre el purificador un graciosísimo Niño. Convocaron á todo el pueblo, con el fin de que todos participasen de la vista del prodigio, y así sucedió en efecto. Como es consiguiente, se divulgó por las ciudades circunvecinas y Tomás Cantimprato, (1) que nos refiere este hecho, pudo admirar lo extraordinario del suceso. ¡Quién hubiera podido formar parte de aquella feliz concurrencia! Los fieles que penetraban en la Iglesia de S. Amado, no vieron otra cosa sino portentos que se sucedían el uno al otro. Unos exclamaban: «He aquí; ya le veo».—«Yo contemplo al Salvador», prorrumpían otros. Tomás Cantimprato no lo veía, según él mismo cuenta, pero, levantando sus ojos á donde estaba la bella Hostia, pudo contemplar con indecible gozo el rostro del Salvador, quien asimismo llevaba una corona de punzantes espinas en la cabeza y le caían dos gruesas gotas de fresca sangre por ambas mejillas. Postrándose Tomás en tierra, adoró al Señor; mas al levantarse, no experimentó ya la hermosa visión, sino la figura de un hombre puesto de lado, por lo cual no le pudo ver sino un ojo. «Tenía, dice, la

(1) Lib. 2, cap. 40.

nariz bastante larga y muy recta, las sobrecejas arqueadas, los ojos simplicísimos y modestos, la cabellera larga y desplegada sobre los hombros, sin cortar la barba, risueña la boca, despejada la frente, macilentas las mejillas y largo el cuello, con una poca inflexión el cuello y cabeza». Esta es la descripción que hace Cantimprato del rostro del Salvador. Muchos otros fieles, en esta ocasión, vieron al Señor en la Hostia consagrada, de diverso modo; unos, extendido en la cruz; otros, como si viniera á celebrar el juicio al mundo; y los más lo contemplaron bajo la forma de lindísimo Niño. Todos los años, en la ciudad mencionada, miércoles de Pascua, se celebra una solemne procesión, en memoria del milagro, en la que llevan la decente caja en que se colocó y se conserva aún la Hostia que estuvo suspendida en el aire (1).

2. Jesucristo apareció en la santa Hostia á muchas personas, denotando con esto, que Él mismo se halla realmente presente en las Hostias consagradas. Habiendo enfermado Santa Ludovina, se le apareció el Salvador y conversó con ella. Al tiempo de partir, le rogó ésta que la dejara alguna prenda en señal de su presencia divina. Accedió el Señor, y se dejó ver reluciente en forma de una hostia, colocándose al efecto en un fino lienzo que había en la misma cama. Entró su padre á visitarla como de costumbre, y, por la natural familiaridad que tenía con su hija, iba á sentarse en la cama de ésta, cuando la sierva de Dios se lo impidió por tener allí á Cristo crucificado. Admiróse el padre y, volviendo los ojos, vió en la cama una hermosísima Hostia. Á seguida llama á los vecinos para que participen de su gran dicha, y todos pudieron contemplarla, aunque no todos de un mismo modo. Se hallaba la milagrosa Hostia rodeada de brillantes rayos; en medio se dejaba ver como en relieve la imagen de Cristo crucificado, muy llagado, llevando en el costado una gota de sangre. Con tal vista quedaron todos inundados de indecible gozo, particularmente la santa, que creía iba á ahogarse de tanta alegría (2).

(1) Rainald, ad ann. 1254, n.º 75.

(2) Surio.—Casanueva. Ejemplos, pag. 336.

3. En el archivo del convento Máximo de Jesús de la ciudad de Lima (América) hay insertado un suceso, legalizado con las exigencias del derecho, que confirma nuestro augusto Misterio. Es así: En la ciudad de Quito, año de 1649 fué profanado el Santísimo Sacramento. Habiendo llegado el hecho á oídos del pueblo de Etén, se propuso éste celebrar la próxima festividad del Corpus, 3 de Junio, con mucha preparación, con el fin de desagraviar á la Majestad de Dios que tan ultrajadamente había sido ofendida en el Sacramento del amor. El 2 de Junio, víspera de tan grande festividad, habiéndose cantado solemnemente las vísperas, y descubierto el Santísimo Sacramento, al tiempo que el P. predicador, Fr. Jerónimo de Silva Maurí, religioso de nuestra Orden, subía al altar mayor para colocar la custodia en el sagrario, apareció visiblemente en la Hostia consagrada un hermoso Niño, de medio cuerpo. Llevaba una túnica morada, los cabellos rubios y pendientes hasta los hombros, partidos por la parte media de la cabeza y el rostro lindísimo. Todo el pueblo admiró semejante prodigio. Mas era cosa digna de contemplar aquella inmensa muchedumbre de hombres y mujeres que, con las rodillas pegadas en el suelo, llorando de gozo, voceando de alegría y pidiendo misericordia al Señor, manifestaban su devoción y gratitud hacia el mismo Sacramento. No estaban en suspenso las criaturas insensibles; los músicos con sus alegres chirimías y trompetas; las campanas con sus dulces y sonoras voces, alababan las misericordias del Altísimo; hasta los pueblos más remotos estaban poseídos de rebotante júbilo que dilataba los corazones de sus moradores.

Después de haber hecho constar jurídicamente el extraordinario suceso, como el P. Presidente del convento de Chichayo, Fr. Marcos López, tuviese que ir al mencionado pueblo de Etén para celebrar la fiesta de la Magdalena, día 22 de Julio del mismo año, deseó certificarse por sí mismo del milagro, á cuyo fin, después de haberse terminado la procesión, llamó á tres padres predicadores de la misma Orden, y llevándolos á la iglesia, que estaba completamente cerra-

da, subieron al altar mayor y entre los cuatro abrieron el sagrario, sacaron el Sacramento y lo colocaron sobre un alto sitial, con las correspondientes velas. Acto continuo apareció el Niño Jesús en la Hostia del mismo modo y figura que en la anterior visión. Dudaron los religiosos de la formación del rostro, porque sólo se veían los cabellos, hasta que advirtieron que tenía el rostro vuelto hacia la parte de la Epístola, mientras que ellos estaban á la del Evangelio. Causóles gran tristeza ver en aquella postura al divino Niño, temiendo fuese castigo de su duda. Sin embargo, bajaron la Custodia al plano del altar y al instante aparecieron en la Hostia tres corazones blancos unidos entre sí. Maravillados de este nuevo prodigio, se convencieron del estupendo suceso que Dios se dignó obrar á favor de los indios, para que radicasen sus corazones en la fe de Jesucristo, particularmente en lo perteneciente á este Misterio, entonces aun tierna en sus corazones. De aquí provino el respeto y veneración especiales que aquellos pueblos tienen al augusto Sacramento del altar. Y porque maravillas tan singulares no quedaran en el olvido, los franciscanos, juntamente con muchos de los testigos presenciales, formaron autenticidad del suceso, prestando veraz juramento. Dieron igualmente parte al rey de España Carlos II, quien, movido de compasión hacia los indios, por haber tenido noticia de que se hallaban pobrísimos, mandó que, para el culto y ornato de las iglesias donde estuviese el Santísimo Sacramento, se diesen de sus cajas particulares 1000 pesos de á 8 reales de plata (1).

(1) Revista Francisc. del mes de Abril de 1893.